



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

**FEBRERO 2022 – 22º LÍNEA MAESTRA**

**Vida de especial valor carismático<sup>1</sup>**

La vida consagrada tiene una peculiar identidad carismática. Según la Biblia y la teología, puede ser llamado “carisma” el don común de la gracia otorgada por Dios a todos los fieles en el bautismo. En este sentido fundamental, los consagrados, como todos los bautizados que han recibido el don de la gracia santificante, son carismáticos. Pero la identidad carismática de los consagrados no se limita a esta dimensión fundamental.

Por otra parte, el carisma de la vida consagrada no es como cualquier otro carisma particular. No se puede decir, por ejemplo, que es un elemento provisorio de la Iglesia, es decir un don pasajero que forma parte del conjunto de los dones transitorios que el Espíritu otorga a la Iglesia a lo largo de la historia cuando y como Él quiere. Ni siquiera es exacto afirmar que éste, como tantos otros carismas, es una fuerza espiritual que obra en la persona solamente en determinados días o en particulares momentos de la vida.

Según la Exhortación, el carisma de la vida consagrada es un carisma esencial e imperecedero de la Iglesia: *«presente desde el comienzo»* (VC 29b), *«pertenece indiscutiblemente a la vida y a la santidad de la Iglesia (...) como uno de sus elementos irrenunciables y característicos, como expresión de su misma naturaleza»* (VC 29b).

Para la persona consagrada, es un «carisma de vida», esto es, un don espiritual que influye sobre toda la persona en todos los momentos de la vida. El carisma de la vida consagrada es *«un don específico del Espíritu»* (VC 30c; cf. 14b) que remodela completamente la forma de vida de la persona; es una nueva energía divina que ilumina desde adentro, con nuevo esplendor, todos los ámbitos de la entera existencia del consagrado; es una *«especial gracia de intimidad»* (VC 16a) de la Santísima Trinidad, que *«con un especial amor»* (VC 17a) consagra de manera nueva a la persona entera, la cual responde a su vez con la oblación total de sí misma: «La experiencia de este amor gratuito de Dios es a tal punto íntima y fuerte que la persona advierte que debe responder con la dedicación incondicional de su vida, consagrando todo, presente y futuro, en sus manos. Propiamente por esto (...) se puede comprender la identidad de la persona consagrada a partir de la totalidad de su ofrecimiento, comparable, por lo tanto a un *auténtico holocausto»* (VC 17b; cf. 104d). El carisma de la vida consagrada, entonces, no es dado para ser vivido un día a la semana o durante ocho horas al día; éste debe ser vivido con dinamismo de holocausto, es decir, a tiempo pleno: las veinticuatro horas.

---

<sup>1</sup> ÁNGEL PARDILLA, *Vita consecrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1395-1396.

En su Exhortación, el Papa describe sobre todo la belleza del don o *carisma* (al singular) de la vida consagrada: «la sustancia de una elección que expresa en el radicalismo del don de sí por amor al Señor Jesús» (VC 3b); «la unidad de fondo, gracias a la misma llamada a seguir, en la búsqueda perfecta de la caridad, Jesús virgen, pobre y obediente» (VC 12c); el «dejar todo y seguir al Señor» (VC 18b) como «programa válido para todas las personas llamadas y para todos los tiempos» (VC 18b), «este horizonte común a toda la vida consagrada» (VC 32d). En este sentido, el carisma de la vida consagrada es «un don peculiar del Espíritu» (VC 14b; cf. 30c), una especial gracia, de carácter cristológico, mariano y apostólico, que configura en modo nuevo y profundo a la persona humana con Cristo, la Virgen María y los Apóstoles.

Pero el Papa reconoce y elogia también *los carismas* (en plural) de la vida consagrada: «los múltiples carismas» (VC 5b; cf. 16b; 19d; 36d); su «multiforme variedad» (VC 12c); las «vías distintas entre sí, pero complementarias» (VC 32d), creadas por la fuerza del Espíritu (VC cf. 19d; 36b); «los rasgos específicos de los varios modelos de vida» (VC 36f). Desde este punto de vista, en el documento «se pide ante todo la *fielidad al carisma fundacional y al consiguiente patrimonio espiritual de cada Instituto*» (VC 36b): una «*fielidad dinámica*» (VC 37a) o «*creativa*» (VC 37t).

Por obra del Espíritu, el carisma de la vida consagrada está encarnado y vivido en la polifonía o en la policromía de los carismas de los diversos Institutos. Gracias a la variedad de tales carismas adquieren una peculiar relevancia los misterios singulares del Verbo Encarnado y encuentran una específica visibilidad los varios aspectos (VC cf. 36f) de Cristo consagrado, misionero y orante (cf. VC 5b; 77). Existen, en efecto, modos diversos de dar armonía y organización a la vida de misión, a la vida de oración y también a la vida de profesión de los consejos evangélicos. Por ello, en la comunión orgánica de la Iglesia, el carisma de la vida consagrada tiene la fuerza coral de una sinfonía de carismas: la grandiosa sinfonía del «*don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas*» (VC 2b).

---

DE LA CARTA APOSTÓLICA *MANE NOBISCUM DOMINE* DEL SUMO PONTÍFICE  
**JUAN PABLO II**  
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES  
**PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA**  
**Octubre 2004 - Octubre 2005**

---

### *Al servicio de los últimos*

28. Hay otro punto aún sobre el que quisiera llamar la atención, porque en él se refleja en gran parte la autenticidad de la participación en la Eucaristía celebrada en la comunidad: se trata de su impulso para *un compromiso activo en la edificación de una sociedad más equitativa y fraterna*. Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio,

que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). No es casual que en el Evangelio de Juan no se encuentre el relato de la institución eucarística, pero sí el «lavatorio de los pies» (cf. Jn 13,1-20): inclinándose para lavar los pies a sus discípulos, Jesús explica de modo inequívoco el sentido de la Eucaristía. A su vez, san Pablo reitera con vigor que no es lícita una celebración eucarística en la cual no brille la caridad, corroborada al compartir efectivamente los bienes con los más pobres (cf. 1 Co 11,17-22.27-34).

¿Por qué, pues, no hacer de este *Año de la Eucaristía* un tiempo en que las comunidades diocesanas y parroquiales se comprometan especialmente a afrontar con generosidad fraterna alguna de las múltiples pobrezas de nuestro mundo? Pienso en el drama del hambre que atormenta a cientos de millones de seres humanos, en las enfermedades que flagelan a los Países en desarrollo, en la soledad de los ancianos, la desazón de los sin trabajo, el trasiego de los emigrantes. Se trata de males que, si bien en diversa medida, afectan también a las regiones más opulentas. No podemos hacernos ilusiones: por el amor mutuo y, en particular, por la atención a los necesitados se nos reconocerá como verdaderos discípulos de Cristo (cf. Jn 13,35; Mt 25,31-46). En base a este criterio se comprobará la autenticidad de nuestras celebraciones eucarísticas.

*Joannes Paulus M<sup>e</sup>*